

Que al pasar por sus dominios
La juventud les mostró.
¿Qué decían? sus ilusiones.
¿Qué lamentan? su valor.
Nada de cuanto gozaron
Al desierto les siguió.

Alguna vez aun deliran
Con la halagüeña vision
De aquel palacio encantado
Que falaz les hospedó;
Pero al pensar en los cantos
Que el deleite seductor
Les murmuró en los oídos
En soñada prediccion,
Doblan al suelo la frente
Con incrédulo dolor
Diciendo al ir su camino:
¡Mentira! todo pasó.

Así por entre la nieve
Cruzando el desierto van
Adolfo y la maga en lento
Paso, por quebrado herial.
Cada vez mas se acercan
A las riberas de un mar,
Que al confin de aquella tierra
Tendido en silencio está.

Es el agua turbia, inmoble,
Cuyo fin se pierde allá
En un caos de profunda
Insondable oscuridad.

Ni el viento al pasar la arruga,
Ni en espumas de cristal,
En las húmedas arenas
Se viene á desmenuzar.

Ni escupe conchas de nácar,
Ni en su estensa soledad
Saltan avaros los peces
El ambiente á respirar.

No se alcanza de la playa,
Por el perdido arenal,
Mas que una choza mezquina
De estrecha concavidad,

Cuya puerta desquiciada,
Ya mohosa y desigual,
Como párpado sin ojo
Mirando hácia el agua está.

Llegando allí, dijo Adolfo:
"No puedo, Esperanza, mas;
Entremos en esa choza
Un momento á descansar."

Entraron en la cabaña,
Y á la débil claridad
Con que alumbraba todavia
Un crepúsculo fugaz

Hallaron un ancho espejo,
En cuyo limpio cristal
Adolfo vió con espanto
Una sombra reflejar.

"¿De quién es aquella imagen?"
Preguntó, en duda tenaz

Con su memoria luchando
Recelando la verdad.

—Esa imagen es la tuya.
—Pues, ¿cómo mi frente ya
Calva y arrugada miro
Y tan gastada mi faz?
¿No era ayer niño y hermoso
Contigo, Esperanza, al dar,
Cuando á despertar veniste
Mi infantil curiosidad?

—Entonces naciste al mundo,
Y el canastillo en que audaz
Conmigo bogastes, era
Tu cuna, Adolfo, no mas.
Las brisas de mis promesas
Llevaron á desear,
Y entraste por el camino
De la loca vanidad.

Así el valle de la vida
Has venido á atravesar
Entre pensiles de flores
Y palacios de cristal.

—Ay! clamó Adolfo llorando,
Que no los puedo olvidar,
Ni á aquella reina orgullosa
A quien ya no veré mas.

—Así se pasa la vida
En gemir y en esperar
Lo que buscamos en ella,
O lo que perdimos ya.

Esta choza es una puerta
De la oscura eternidad,
Ese espejo es la razon,
Y la nada es ese mar.

Todo aquí se desvanece;
Nada hay delante y detrás.
Allá se queda la vida,
Y los deleites allá.

Este es el punto por donde
Se descubre la verdad,
Y aquí solo la Esperanza
Aún con nosotros está.

VI.

PLEGARIA.

¡Blanca ilusión! ¡benéfica esperanza!
Triste y última luz del corazón,
A cuyo tibio resplandor se alcanza
Un mas allá en el hondo panteón;

Tú sola nos alivias el camino
En que entramos al tiempo de nacer;
Nuestro amargo destino es tu destino,
Siempre amiga te hallamos por do quier.

Delante de ese espejo misterioso,
De nuestra nada ante el estenso mar,
Aún vienes con semblante cariñoso
Nuestra seca razon á consolar.

¡Oh! tú nos doras la niñez tranquila,
Enciendes nuestra ardiente juventud,
La vejez nos sostienes que vacila,
Y aun ardes en el cóncavo ataud.

Sol en la vida, lámpara en la muerte,
Siempre nos vienes asistiendo en pos;
Y amiga fiel, nos dejas al perderte
Al pié del trono del inmenso Dios.

¡Sol de mi vida! sin cesar, conmigo
Mis lentas horas alumbrando ven,
No apagues, no, tu resplandor amigo,
Mientras mis ojos en vigilia estén.

¡Lámpara de mi nicho solitario!
Baja conmigo al negro panteón,
Y séanme los pliegues del sudario
De sueño eterno santo pabellón.

SETIMA PARTE.

DEDICATORIA

A MI AMIGO

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Mi querido Juan Eugenio,
Mi octavo tomo publico,
Y al cabo te le dedico
En holocausto á tu ingenio.

Ve si contigo me porto,
Un cuento te he prometido,
Y un tomo te doy cumplido;
No me acusarás de corto.

Otros buscan con su obra
Destinos ó proteccion;
Yo no grabo á la nacion,
Conmigo mismo me sobra.

Mientras siga el editor
Versos y libros pidiendo,
Iré libros escribiendo,
Que lo tengo por mejor

Que pedir al poderoso,
Mendigar del ignorante,
Y rogar al arrogante,
Que soy yo muy orgulloso.

Buscar un crítico enfático
Que alabe mi obra no quiero,
Que tan bien como el primero
Puedo ser yo catedrático.

Y á mas, para entre los dos,
Los criticones de ogaño
No nos harán mucho daño,
Saben poco, ¡vive Dios!

No se echan muchas vigiliass
Hoy en críticos estudios,
Tras poquísimos preludeos
Hoy de crítico te filias.

Con ir un mes á Paris
Y almorzar con Víctor Hugo,

Vuelves y pones el yugo
Literario á tu país.
"¡Las letras están fatales!"
Vienen diciendo de allá.

"Las artes . . . ¡ástima da!
¿No están en el Congo tales!
¿Pues los teatros? ¡da grima!
Ni de talento hay destellos . . .!"

Y escriben comedias ellos
Como maestros de esgrima.
Tajo aquí, cercen allá,
Ora á la regla, ora al gusto,

Cada escena nos da un susto,
Si calambre no nos da.
Y viendo al fin que no atinan
Por medio ninguno humano,
Cortar el nudo gordiano
Ex cathedra determinan.

Con nuevas nomenclaturas
Sus disparates bautizan . . .
Y tanto la luz atizan,
Que nos dejarán á oscuras.

Quien de la escuela moderna
Genio innovador se llama,
Barba, galan, paje y dama,
Despacha á la vida eterna.

Quien se dice de la antigua,
En cánticos pobrecitos
De la otra cambia los gritos,
Y que da sueño averigua.

Yo que tal veo, me digo:
¡Tanto valen á fè mia!
Con que firme en mi manía
De andar con entrambos sigo.

En lo que no hago por Dios
Mas que con maña oportuna,
Tentar á la par fortuna
Por cualquiera de las dos.

A veces de sangre un rio
Vierto, en situacion acerba,

Y á veces con una yerba
Como un tonto me estasio.
Y en esto sin duda alguna
Con sesudo estoicismo
Pruebo que me dá lo mismo
Por las dos, que por ninguna.
Sin embargo, de mi afán
Me daré por satisfecho
Si no te enfada lo hecho
En Montoya el capitán.
El pueblo me lo contó
Sin notas ni aclaraciones:
Con sus mismas expresiones
Se lo cuento al pueblo yo.
Inútil es que me pidas
Para medirle compas,
El pueblo tiene no mas
El compas con que le midas.
La gente critica y docta
Que por decidir se muere,
Califíquele, si quiere
De milagro ó de anécdota.
Se me da, Eugenio, un ardite
Que lo juzgue bien ó mal,
Que la llame obra inmortal
O de necia la acredite,
Porque según lo que vemos,
No hay obra, y mas siendo agena,
Que sea á su juicio buena . . .
Con que pregunto, ¿y qué hacemos?
Escucha los silogismos
Con que vengo á deducir
Que debemos escribir
Sin miedo á nosotros mismos,
Si apenas entre unos y otros
Hay un buen libro que hojear,
Fácil es de remediar,
Escribámosle nosotros.
Tal vez en el *item* demos,
Y si no damos, peores
Que los demas escritores
A fé que no quedaremos.
Y ademas, si es el placer
De los sabios *mal-decir*,
¿Si damos en no escribir
Qué mil diablos han de hacer?
Yo soy terco, y lo confieso,
Pues lo que escribo critican,
Escribo porque se pican
Y ambos roemos el hueso.
Que al cabo va convenciéndome
La experiencia por de pronto,
De que no faltará un tonto
Que se divierta leyéndome.
Y concebirse no puede
Que no tenga un solo amigo
Que aplauda lo que yo digo,
Como á muchos le sucede.
Yo sé que en ambas escuelas
Habrá quien haga á este prólogo
Allá á solas un monólogo
Como á una flucion de muelas.
Mas yo vivo por fortuna

En tan dulce escepticismo,
Que se me importa lo mismo
Por las dos, que por ninguna.

EL CAPITAN MONTOYA.

I.

LA CRUZ DEL OLIVAR.

Muerta la lumbré solar,
Iba la noche cerrando,
Y dos ginetes cruzando
A caballo un olivar.
Crugen sus largas espadas
Al trotar de los bridones,
Y vense por los arzones
Las pistolas asomadas
Calados anchos sombreros,
En sendas capas ocultos,
Alguien tomara los bultos
Lo menos por bandoleros.
Llevan, porque se presuma
Cuál de los dos vale mas,
Castor con cinta el de atras,
Y el de adelante con pluma.
Llegaron donde el camino
En dos les divide un cerro,
Y presta una cruz de hierro
Algo al uno de divino.
Y es así, que si los ojos
Por el izquierdo se tienden,
Sotos se ven que se estienden
Enmarañados de abrojos.
Mas vese por la derecha
Un convento solitario,
En campo de frutos vario
Y de abundante cosecha.
Echóse á tierra el primero,
Y al dar la brida al de atras,
Aquí, dijo, esperarás;
Y el otro dijo: Aquí espero.
Y hácia el convento avanzado
Del caballero, en la oscura
Sombra, se fué la figura
Hasta perderse menguando.
Quedó el otro en soledad,
Y al pié de la cruz sentado
Siguió inmóvil y embozado
En la densa oscuridad.
Mugía en las cañas huecas
En son temeroso el viento,
Rasgándose turbulento
Por entre las ramas secas.
Y en los desiguales hoyos
Con las lluvias socabados,
Hervian encenegados,
Sin cauce ya los arroyos.
Ni habia una turbia estrella
Que el monte alumbrara acaso.

Ni alcanzaba á mas de un paso
Ciega la vista sin ella.
Ni señal se apercibia
De vida en el olivar,
Ni mas voz que el rebramar
Del vendabal que crecia.
Y al hierro santo amarrados
Ambos caballos estaban,
Y allí en silencio aguardaban
A esperar acostumbrados.
Ni de la áspera maleza
Pisada al agrio rumor
Les volvió su guardador
Solo una vez la cabeza.

Un pié sobre el otro pié,
Embozado hasta las cejas,
Metido hasta las orejas
El sombrero, se le ve
Como un entallado busto
De alguno que allí murió,
Y allí ponerse mandó
Por escarmiento ó por susto.

Ni increíble faltaria
Que si cerca dél pasara
Medroso se santiguara
Dudando le que seria,
Que á quien suele con la luz
Y en compañía blasfemar,
Bueno es hacerle pasar
De noche junto á una cruz.
Mas esto se quede aquí;
Y volviendo yo á mi cuento,
Digo, que dudoso y lento
Gran rato se pasó así.

Y ya se estaba una hora
De espera á espirar cercana,
Cuando sonó una campaua
De lengua aguda y sonora.
Y aun duraba por el viento
Su vibracion cuando el guia
Alguien notó que venia
Por el lado del convento.

Sacó la faz del embozo,
Y oyendo el son mas distinto,
Echóse la mano al cinto
Y "¿quién va?" el amo y el mozo

Preguntaron á la par;
Mas conocidos los sonos
Asieron de los bridones
Y volvieron á montar.

Y es fama que menos fiero
El señor con el criado,
Dejóle andar á su lado
Como digno compañero.

Y este al ver cuán satisfecho
Volvió de su expedicion,
Así la conversacion
Introdujo de lo hecho.

"Señor, ¿cómo está la monja?
—¿Y cómo ha de estar, Ginés?
Atortolada á mis piés,
Y mas blanda que una esponja.

—¿Y pensais dejarla así?
—¿Dejarla! ni por asomo:
No sé todavía cómo,
Mas la sacaré de allí.
Que según lo que yo he visto
Mas quiere la tortolilla
Volar libre por Castilla
Que estar en jaula con Cristo.
Y aquí el recio vendabal,
En voz y empuje creciendo,
Puso lo que iban diciendo
Para escucharse muy mal.
Y ellos, temiendo que acaso
Les cogiera la tormenta,
Sacaron por buena cuenta
Los caballos á buen paso.

II.

UCHILLADAS EN LA CALLE.

En una noche de Octubre
Que las nieblas encapotan,
Ahogando de las estrellas
La escasa lumbré dudosa,
De la ciudad de Toledo
En una calleja corva
Que el paso desde el alcázar
A Zocodover acorta,
Es fama que se apostaron
Seis hombres, que grupo forman
De una de las dos esquinas
A la prolongada sombra.
Murmurando por lo bajo
Algunas palabras cortas,
Cortas, porque á ellos les bastan,
Bajas, por si hay quien las oiga.
Repartieron sus puestos
Con precaucion previsora,
Favorable á los que esperan,
Y á los que llegan dañosa;
Y quedaron en silencio
Casi por un cuarto de hora,
Tan ocultos y pegados
A la tapia en que se apoyan,
Tan hundidas en la niebla
Sus desvanecidas formas,
Que hubo quien pasando entre ellos,
Juzgó la calle muy sola.
Caía desde las tejas
Desprendida gota á gota
La niebla que do halla sitio
Calladamente se posa:
Y alguna ráfaga errante
Con ténue voz melancólica
Cruzaba de alguna reja
Las hendiduras angostas.
Se oían de cuando en cuando
Sonar por la calle prócsima
Puertas y aldabas de casas,
Pasos y voz de personas.

Mas nada á los apostados
Mueve, anima ó impresionada,
Ni voces ni transeuntes
Parecen que les importan.
Inmóviles permanecen,
Y las sospechas se agotan
Al ver que por ellos pasan
Tanta gente y tantas horas;
Y es imposible atinar
Con el intento que forman,
Cogiendo á la calle espacios
Por ambas aceras toda.
Marcó las once un reloj,
Sonaron tardas y concavas
De las once campanadas
Las once pesadas notas,
Y al par que en la callejuela
Los cinco se desembozan,
Alumbrándola por dentro
Luz á una puerta se asoma.
Corriéronse los cerrojos,
Rechinó la llave sorda,
Y un cuadro de luz voluble
Vaciló en piedras y losas.
Traspusieron los umbrales
Tres bultos, y una tras otra
Se oyeran tres despedidas
Que murmuraron tres bocas.
Quitó la luz el de dentro,
Dobló á la puerta la hoja,
Quedó en tinieblas la calle,
Y dijeron fuera: "¡Ahora!"
"¡Viles!" gritó el que salía.
Los que esperaban: "¡La moza,
Dijeron, cuenta con ella!"
Y á esta palabra traidora
En dos pedazos la calle
Partida, en música ronca
Crugieron y en lid confusa
De las espadas las hojas.
Asirla, dicen los unos,
"¡Hija á mi espalda!" en voz torva
Decía el recién salido,
Que las cuchilladas dobla.
"¡Cómo, decían los unos,
Son dos y tenernos osan!"
"¡Cómo, murmuraba el otro,
Villanos tientan mi honra!"
"¡Mueran!" dicen de una parte.
"¡Vengan!" dicen de la otra;
Y crece de la contienda
La confusion temerosa.
Llueven los tajos sin tino,
Y aunque se tiran con cólera,
Como tirados á ciegas
La mayor parte malogran,
Pero valientes parecen,
Porque se buscan y acosan
Con terquedad tan resuelta,
Que unos de otros se asombran.
Dan, hieren, cubren, atajan,
Tierra ganan, tierra cortan,
Y al ruido de los aceros

La vecindad se alborota.
Sacaron luces por alto,
Gritaron "¡Fuego! ¡la ronda!
¡La guardia!" ¡mas todo inútil!
Porque los tajos redoblan.
Las mismas luces que sacan
Son de los menos en contra,
Y por do quiera cercados
En sus postrimeras tocan.
En esto la calle arriba
Llegó un mozo á quien abona
Por noble la larga pluma
Con que su sombrero adorna,
Que escusándose palabras
Y revelándose en obras
Echó la capa por tierra
Y por aire la tizona.
Púsose en pró de la dama
Como quien hidalgos goza
Pensamientos, y ha nacido
De noble sangre española;
Y anuncióse con tal furia
De cuchilladas, que á pocas
Tendió en la calle dos hombres
En las postreras congojas:
Y tan rápido revuelve
Contra los cuatro que afronta,
Que con una sola espada
Para los cuatro le sobra.
Con tiempo y valor apenas
Para su defensa propia.
Dijo uno de ellos: "¡A tanto
Solo el demonio se arroja!"
Y al escucharle el mancebo
Dijo con voz poderosa:
"Con una legion no basta,
Para el capitán Montoya,"
Y haciendo el último esfuerzo
La calle entera despoja
Por donde entraba á tal punto
A todo correr la ronda.

III.

OFERTAS.

Quando llegó la justicia,
De la contienda al lugar,
Halló asido de la mano
Con un hombre al capitán.
Desmayada una doncella
De él se veía detras,
Por otro hombre sostenida
Con intensísimo afán;
Y cuando ufanos quisieron
Meter su tardía paz,
Oyeron en esta guisa
Al desconocido hablar,
"Fádrigue soy de Toledo,
Montoya, no os digó mas:
Mi honor os debo y mi hija;

Si tienen precio mirad.
Y vedlo bien, que aunque entrambos
Me demandeis á la par,
Os juro á Dios desde ahora
Que son vuestros, capitán.
—Lo hecho, dijo Montoya,
Pagado en exceso está
Con la amistad de un Toledo;
Esta es mi mano, tomad;
Hice lo que debe un noble;
No hablemos en ello mas."
Y asíéndola Don Fadrigue
Dijo: Montoya, apretad.
Tornóse despues á su hija,
Y volviéndose á nombrar
Paso le dieron y gente
Con que ir en seguridad.
Tomó cartas la justicia,
Y empezando á justiciar
Llevóse en prenda los muertos,
Y citó ante el tribunal
A los testigos que hubiere,
Incluyendo al capitán,
Quien calándose el sombrero
Replicóles: "¡Bien está!
Póngame, seor corchete,
Esa capa en caridad,
Y tome esa friolera
Con que entierran á ese par."
Y echando un bolsillo de oro
De la justicia en mitad,
Fuése dejando en la turba
Admiracion general.

Y justamente admirado
Merece ser en verdad
Quien da tales cuchilladas
Y tales bolsillos dá.

IV.

EL CAPITAN DON CESAR.

"¡Esa gente es un tesoro!
El generoso y valiente,
Ella hermosa, y juntamente
La ofrecen pesada en oro!
¿Qué te parece, Ginés?
Cuatro millones la dan.
—¡Gran presa, mi capitán!
¿La aceptaréis?
—¡Fácil es!
—¿Y la monja?
—¡Eso te affige!
¡Buenas son ambas por Dios!
Y quién de dos toma dos
Como hombre avisado elige.
Dicen que parece mal
Que hombre de mi condicion
Viva siempre soltero
Derrochando su caudal.

Y á mí tambien me parece
Que quien tanto tiene y vale,
Pues de lo vulgar se sale
Mas de lo vulgar merece.
La consecuencia te toca;
Si una me dan y otra quito,
Que con dos puedo acreditar;
Con que, Ginés, punto en boca.
Esto dijo el capitán,
Y pidiendo de vestir
Anunció que iba á salir
A cierto asunto galán.
Colgóse al cinto la espada
De plata en doble cadena,
Tendió la negra melena
Sobre la gola plegada:
Caló el chambergo de lado,
Y retirando el espejo,
Torno su postrer consejo
A repetir al criado.
Doblóse este siervo fiel
En presencia del señor,
Y ganando un corredor
Cruzóle delante de él.
Abriole de par en par,
Una tras otra tres puertas,
Que se quedaron abiertas
Mucho despues de pasar.
Vénia le hicieron gran pieza
Siervos que al paso topó,
Y un paje tras él salió
Descubierta la cabeza.
Y á fé que se colegia
Mirando tal homenaje
Que era mucho personaje
Quien con tal pompa vivia.

Mas ya es tiempo, vive Dios,
De que dé el lector discreto
Con quién es este sujeto
Que anda há rato entre los dos.
Sepa pues que el capitán
Don César Gil de Montoya
Es de las armas la joya,
Y de las hembras imán.
Nadie se atreve á afrontallo,
Ni hay quien resista su lanza;
Nadie su poder alcanza,
Sea á pié, sea á caballo.
En liza donde él se mete
Por empeño ó por favor
Nunca falta justador
Para el último ginete.
En fiesta ó lance que él entra
Toda opulencia es escasa;
Nadie en lo galán le pasa
Ni mas bizarro se encuentra.
Favorece á quien pregunta;
Obliga á quien aconseja,
Enloquece é quien corteja,
Y avasalla á quien se junta.
Audaz con quien enamora,
Manda, cela, acusa, echeja;

Y al cabo del mes elige
 Nuevo amor, nueva señora.
 Un filtro lleva en los ojos
 Que finaliza á quien ama:
 Deleite su voz derrama,
 Y fuego sus labios rojos.
 Mujer que cayó en su red
 Su corazón dejó preso;
 Que sorbe con cada beso
 Un corazón cada vez.
 No hay puerta que le resista
 Ni reja que le desaire,
 Que entra su amor como el aire,
 Con solo mirar conquista.
 Como un sultán opulento,
 Como un Adónis hermoso,
 Sin par en lo generoso,
 Sin igual en ardimiento:
 Sol que mata las estrellas,
 La fama arrebatada toda;
 Y es siempre el galán de moda
 Entre las damas más bellas.
 Resuena desde Toledo
 Su nombre por toda España;
 Los nobles le tienen saña,
 Los bravos le tienen miedo.
 Los gollillas le desdoran,
 Los clérigos le aborrecen,
 Los soldados le apetece,
 Y los villanos le adoran.
 Mas á él le importa un ardite
 De tan varia voluntad,
 Y toma por la ciudad
 Donde la encuentra desquite.
 Que no hallando ningún Cid
 Ni topando una Lucrecia,
 Cuanta conquista desprecia,
 Mata cuantos vence en lid,
 Tiene un palacio por casa,
 Da fiestas por afrentar,
 Que no hay quien sepa igualar
 Sus profusiones sin tasa.
 Sin amigos y sin deudos
 Vive solo para sí,
 Y le mantienen así
 Sus herencias y sus feudos.
 Tan rico y gran bebedor,
 No hay medida á sus deseos,
 Y pasa entre devaneos
 Una existencia de amor.
 Y para ahogar su indolencia
 Y ocultar que se fastidia,
 Juega sin afán ni envidia
 Pedazos de su opulencia.
 Si gana, sin ver recoge;
 Si pierde, paga sin ver;
 Y ni en ganar ni en perder
 Hay miedo de que se enoje.
 Y según derrama el oro
 Cuando pierde ó cuando presta,
 Parece que tiene puesta
 Cada mano en un tesoro.

Hay quien de impío le trata,
 Y juzga que es mal ejemplo
 Que un paje le lleve al templo
 Cojín con borlas de plata:
 Y que es audacia inaudita
 Hincarse al pié de la grada
 Y esperar á una tapada
 Para darla agua bendita.
 Y aun corren de sus amores
 Susurros por la ciudad,
 Que á ser ciertos en verdad
 Pueden tornarse clamores,
 Que anda entre ellos una llave
 Con que se abre un presbiterio...
 Mas el caso es un misterio
 Y la verdad no se sabe.
 El sigue ufano y galán,
 Y los rumores de que hablo
 Si los sabe los da al diablo
 Satisfecho el capitán.
 Tal es, amigo lector,
 El don César de mi cuento:
 Si le crees malo, lo siento;
 Mas no fué mucho mejor.

V.

INSUFICIENCIA DEL POETA.

Casa don Fadrique á Diana,
 Y en su palacio reúne
 Cuanto hay en Castilla entera
 En armas y amor ilustre.
 Que es don Fadrique muy rico
 Y á origen de reyes sube,
 Y solo el rey le aventaja
 Cuando sus empeños cumple.
 Ofreció una noche su hija
 En lance que aun hoy encubre
 El misterio de las sombras
 A un hombre, á quien atribuye
 Tantos misterios el vulgo
 Como al lance que produce
 El repentino consorcio
 Que amor y razones une.
 Mas aunque pasa la noche
 Y ya su presencia urge,
 El novio no está en Toledo,
 Lo que á sospechas induce.
 Mas buenas tiene sin duda
 Razones que le disculpen,
 Porque aunque le echan de menos
 Nadie de falso le arguye.
 Todos aguardan que llegue,
 Y no hay un alma que dude
 Que se hallará al dar las diez
 En los salones del duque.
 Que él ha marcado esa hora,
 Y tal confianza infunde
 Su palabra, que no hay prenda
 Que mas valga ni asegure.

Prosiguen, pues, de la boda
 Las fiestas, los brindis crujen,
 Y suenan los instrumentos
 Voluptuosos y dulces.
 Nunca tal gala ostentaron
 Los que de grandes presumen,
 Ni vió jamás tanta pompa
 La asombrada muchedumbre.
 Inútil es ponderarla,
 Y querer pintarla inútil,
 Que fiestas como esta mia
 Contándola se deslucen.
 Harto lo llora el poeta,
 Mas ¡ay, que por mas que luche
 Con su voz y con su lira
 La realidad no le suplén!
 Hará que sus creaciones
 En bellos versos murmuren,
 Que canten báquicos himnos
 Cuando su festín concluyen;
 Podrá cuando mas se afane,
 De quien su cuento le escuche
 Lograr que se finja apenas
 El rostro, las actitudes,
 La situación ó el carácter
 De los seres que dibuje,
 Todo ello pesado y débil
 Aunque á lo vano renuncie.
 Podrá trazar á un cuadro,
 Aunque sombras se le enturbien,
 Las principales figuras
 De que su historia se ocupe;
 Mas la luz, y el movimiento,
 Y el todo que las circunye,
 La multitud, las comparsas
 Que en torno de ellas agrupe,
 Que giran, hablan, murmuran,
 Van, vienen, bajan y suben,
 Las cercan ó las desvian,
 Y con ellas se confunden,
 Y respiran con su aliento,
 Y con impulsos comunes
 Con ellas gozan, esperan,
 Rien, cantan, lloran, sufren...
 ¡Imposible que lo pinten
 Y en la mente lo acumulen
 Con voz, movimiento y vida
 Fácil, palpable, voluble!
 ¡Cómo contar el tumulto
 Que en un momento produce
 En un salón donde danzan
 Un lance que lo interrumpe?
 La voz de—¡Ahí está, señores,
 Ahí está!—que brota y bulle
 De boca en boca rodando
 En derredor se difunde;
 Y el son de las herraduras
 Del bridon que le conduce,
 Que al detenerse en el patio
 Hace que el patio retumbe,
 Que en las puertas y ventanas
 Los que bailaban se agrupen,
 Y por ver mejor se empuñen,

Se encaramen y se empujen;
 Los muchos que prodigando
 Serviles solicitudes
 Baján á asirle el estribo
 Porque les mire ó salude,
 Y el salón que dejan solo
 Con la alfombra y con las luces
 Y la chimenea, en donde
 Chisporrotea la lumbre,
 ¡Con qué voz, ni con qué lira
 Se pinta ó se reproduce,
 De modo que quien escucha
 Lo conciba y no se ofusque?
 ¡Cómo el satisfecho porte
 Contar con qué se descubre
 Al apetecido novio,
 Que por la escalera sube,
 Mientras se agolpa por ella
 La aturdida servidumbre
 Y al peso de los curiosos
 Por ambas barandas oruge?
 Avanza, pues; por la sala
 La gente se distribuye,
 Y este es el lance más crítico
 Que en toda la noche ocurre.
 Corre confuso murmullo
 Y ancho movimiento cunde,
 Mientras asiendo un instante
 A sí cada cual acude.
 Quién se compone la gola,
 Quién los vuelillos se sube,
 Quién desencaja una hebilla
 Porque el cinturón le ajuste,
 Quién se revienta unos guantes,
 Y del placer en la cumbre
 Las hermosas se sonrien,
 Y ó aunque astutas disimulen,
 La vista á un espejo tienden,
 La mano á la flor ó al bucle.
 La que gracias ó riquezas,
 Bien que le pasa, no luce,
 Busca á una bella la espalda
 Que aunque la humille, la oculte.
 Aquí asoma un pié pequeño,
 Allí unos ojos azules,
 Acá una falda de encaje,
 Allá un airon de tisúes,
 Allí un cuello alabastrino,
 Y allí una mano que pule
 Un centenar de brillantes
 Que por mano y dueño arguyen.
 Todo esto en viviente masa,
 Con movimientos comunes,
 Con existencia uniforme
 Que en todo fermenta y bulle,
 Que gira ó que vaga á un tiempo,
 Se dispersa ó se reúne,
 Danza ó se asoma, y el ruido
 Cesa, aumenta, ó disminuye;
 Este momento de atenta
 Y afanosa incertidumbre,
 ¡Quién lo cuenta, ó quien lo canta,
 Por mas que á la par se junten

La voz y el arpa, sin ver
Que es fuerza al fin que renuncien
La voz y el arpa humilladas
A empresa donde sucumben?

Desisto, pues, de mi empeño,
Y aunque me da pesadumbre,
El salon de Don Fadrique
Quien pueda que se figure.

VI.

EL NOVIO.

Todos los ojos clavados
En la puerta del salon,
Toda la gente del baile
Agolpada en derredor,
En impaciente y atenta
Duda un instante quedó,
Esperando la llegada
Del venturoso amador.
Don Fadrique, Diana y todos
Los parientes que juntó
En su fiesta el noble duque,
De sus huéspedes en pos
Están al dintel parados,
Que el danzar se interrumpió,
Y ahogaron los instrumentos
Su ya no escuchado són.
Todos inciertos callaban,
Y allá en confuso rumor
Del novio por la escalera
Se percibía la voz;
Como si alguno á su paso
Demandándole atencion
Recibiera una respuesta
De superior á inferior.
“Comprendistes?” dijo al fin
En voz clara, “Sí, señor,”
Repuso otra voz humilde,
Y él á replicar volvió:
“La hora las dos en punto,
La gente nosotros dos.”
Y de sus anchas espuelas
Aspero compas se oyó.
Cundió general murmullo
De gente por el monton,
La masa de mil cabezas
Adelantándose hirvió,
Moviéndose á un tiempo todas
Para ver y oír mejor;
Y á tal punto por la sala
Con paso resuelto entró
El buen capitan Don César,
Cual siempre fascinador.
Echó los brazos al cuello
De don Fadrique, tomó
La mano á Diana, y besóla
Con acendrada pasion.
Y por la estancia avanzando

En tal guisa les habló:
“Señor duque, hermosa Diana,
Si tardé, mirad que estoy
Pronto desde este momento
A demandaros perdon.

—Capitan, en vuestra casa
Nadie exige sino vos.
Id, venid cuando os pluguiere
Sin pena y sin restriccion,
Que en todo lo que gustareis
Nos dareis gusto y honor.
—Pues cuando os venga en agrado,
Señor duque, la ocasion
Del notario aprovechemos,
Con la ley cumplamos hoy.
Y atendiendo á ambos mandatos
De justicia y religion,
Hoy nos casarán las leyes,
Mañana temprano Dios.
¿Os place?

—Sí, por mi vida.
—¿Y á vos, Diana?

—¿Tengo yo
Mas voluntad que la vuestra,
Mi esposo y libertador?
—Pues de ese modo abreviemos,
Que aunque por ello afliccion
Siento en el alma, esta noche
Aun mi ausencia no acabó.”

Volvióse á tales palabras
El duque, y conversacion
Siguieron de esta manera
Por lo bajo ambos á dos.
“Don César, ¡llevais espada?
—Solamente á precaucion.
—Sabeis, capitan, que os debo . . .
—Gracias, duque; aunque de honor,
No es asunto de estocadas.
Sino de tiempo.

—¿Por Dios
Que tomara por agravio
Que en caso de esposicion
Reclamarais el auxilio
De otro que no fuera yo!
—Dormid sin cuidado, duque,
Que en todo evento hombre soy,
Y os despertaré mañana.
Volved esta noche vos
Al baile desde la mesa,
Danzad, duque, sin temor,
Y no os acordeis de mí
Hasta que despunte el sol.”
Y así el capitan diciendo
La mano de Diana asió,
Y á otro aposento pasaron
Con toda la gente en pos.

Firmáronse alegremente
Los contratos en union,
Volvióse á la danza luego
Y á la mesa se volvió.
El duque estuvo gozoso,
El capitan decidor.

Como escigencias divinas,
Si hay otras que están ladinas
Punzándola el corazon?

¿Para que son sussentidos
Si de nada han de gozar?
¿Qué fué para los nacidos
El mundo á que son venidos
Si en venir han de pecar?

¿Qué sirven de sus cabellos
Los mal mutilados rizos,
Si no ha de prender en ellos
Una fler que haga mas bellos
Sus ojos antojadizos?

Do quier que su sombra alcanza
Curiosa va tras su sombra
Con afanosa esperanza,
Y el pié se ensaya en la danza
Do quiera que halla una alfombra.

Do quier que hablan de virtud
La causa secreta estudia
De su secreta inquietud:
Do quier que encuentra un laud
Un himno de amor prelude.

Tal vez á solas mirando
De su mansion los cerrojos
Las horas pasó soñando,
Y se encontró despertando
Con lágrimas en los ojos.

Tal vez desde una ventana
Al ver la inmensa campiña
Donde cruza una aldeana,
Trocar su sayal de lana
Quiso por una basquiña.

Tal vez al tomar su aguja
Y al bordar un santo nombre
La santa labor estruja;
Que audaz tentacion la empuja
Aldelinear el de un hombre.

Y así se la van los días
En suspirar y gemir,
Por las bóvedas sombrías
De las largas galerías
Que la habrán de ver morir

Y sus ojos se marchitan,
Y sus labios palidecen,
Y sus piés se debilitan,
Y sus delirios la irritan,
Y sus pesadumbres crecen.

¡Oh! que al abrir un convento
A doña Inés de Alvarado
Obraron con poco tiento,
Que bien se ve que su intento
No la llamaba á su estado.

Y Diana hermosa y radiante
Y hebicera como el sol.
Y aunque no faltó un misántropo
Que admirado se mostró
Y auguró mal de esta boda,
Cenando como un leon,
Desde la cena, la danza,
Tercera vez empezó,
Mas que nunca bullicioso
Y pacífico el salon.
Mas justo será añadir
Como fiel historiador,
Que mientras seguia el baile
Y de los brindis el són,
El capitan y Ginés
Salían al dar las dos
De la empinada Toledo
Por las puertas del Cambron.

VII.

DOÑA INES.

Cerraron en un convento
A doña Ines de Alvarado,
Y obraron con poco tiento,
Porque jamás fué su intento
Tomar tan bendito estado.

Niña alegre y bulliciosa,
De noble estirpe nacida,
Pensó libre mariposa
En volar de rosa en rosa
Por el jardin de la vida.

Con dos ojos que hallan poca
La luz del brillante sol
Y una mente inquieta y loca,
¿Quién puso bajo una toca
Corazon tan español?

¿Qué valen las celosías
Que la aprisionan el ver,
Si en sus bellas fantasías
Adora todos los días
Sus delirios de mujer?

¿Qué importa ¡pese á su estrella!
Que algunos doctores viejos
Nieguen el mundo para ella
Si presintiéndose bella
Se encuentra con los espejos?

¿Y qué la importan los sonos
Del salterio sacrosanto,
Si las lindas tentaciones
De otro Dios y otras canciones
Se la acuerdan entre tanto?

¿Cómo abrazar las espinas
Del ayuno y la oracion